



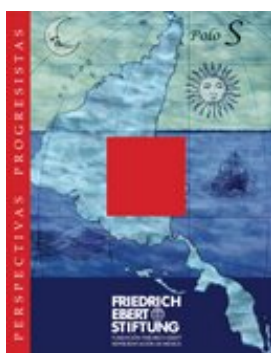
La izquierda, la democracia y la crisis política del país

Jesús Ortega



Publicación editada por la Fundación Friedrich Ebert en México. Las opiniones vertidas en los documentos que se presentan, así como los análisis y las interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja, necesariamente, los puntos de vista de la Fundación.

Perspectivas Progresistas



Perspectivas Progresistas

Con el nacimiento de *Perspectivas Progresistas*, publicación de la Fundación Friedrich Ebert en México, pretendemos animar el debate público para pensar México desde miradas progresistas así como ofrecer una plataforma para el diálogo entre actores socio-políticos, académicos e intelectuales identificados con una concepción moderna y democrática de la centro-izquierda.

www.fesmex.org

Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de la exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la Fundación.

Publicación de la Fundación Friedrich Ebert en México

Copyright, FESMEX 2007. Todos los derechos reservados.

La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse a la Fundación Friedrich Ebert en México. En caso que contrapartes deseen reproducir esta obra, sólo se les solicita que mencionen la fuente e informen a la Fundación de tal reproducción.

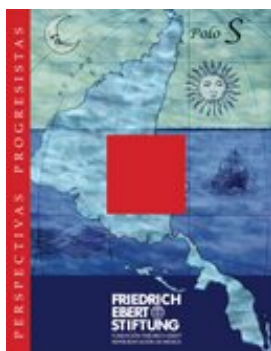
Fundación Friedrich Ebert (FESMEX)

Yautepec 55, Col. Condesa

Tel: 55535302

Fax 52541554

CP. 40123



La izquierda, la democracia y la crisis política del País

Jesús Ortega¹

Debo, en primer termino, agradecer a la Fundación Fiedrich Ebert, al Instituto de investigaciones Sociales de la UNAM y de manera particular al Dr. Roger Bartra, su gentil invitación para participar en este seminario.

El titulo del seminario que nos convoca, advierte, de inicio, sobre la existencia de una crisis política en nuestro País y de si, ello ya es sugestivo y motiva al debate, pues no todos los actores políticos aceptan que vivimos una crisis y menos aun comparten que su naturaleza lo sea de fin de ciclo. No son pocos los analistas, que sostienen que las dificultades por las que pasamos son solo resultado de un problema coyuntural, y que por lo tanto tendrá solución en el corto plazo, si tan solo se adoptan algunas medidas eficaces por el actual gobierno. En ese tenor celebran, las recientes medidas del gobierno de Calderón y pueden sentenciar, sin rubor, que son las definitivas, por ejemplo, para terminar con la inseguridad pública. Lo que se necesitaba,

¹ Ponencia presentada el 26 de febrero de 2007 en el marco del Seminario de Estudios Avanzados organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM con el apoyo de la Fundación Friedrich Ebert: "Izquierda, democracia y crisis política en México: posibilidades de una socialdemocracia en México", coordinado por el Dr. Roger Bartra y el Dr. Francisco Valdés Ugalde.

sostienen, era firmeza y con el nuevo presidente ya la tenemos. Otros investigadores, que comulgan con esa misma apreciación, ubican esas dificultades como consecuencia de una contienda electoral competida, controversial ciertamente, pero, a fin de cuentas, propia de un país tan complejo como el nuestro.

Pueden aceptar, incluso, que se sucedieron algunas fallas por el IFE o de la misma forma otros excesos por el gobierno, pero finalmente, en razón de esas causas, el problema es menor y con relativa facilidad pueden encontrarse las soluciones.

En lo que respecta a la situación social y económica, hablan estos mismos analistas, de algunos “desajustes” que siempre podrán ser atendidos con las medidas de contención, siempre puntuales, del Gobernador del Banco de México y, si bien crece el desempleo y la pobreza, y si bien continúa estancada la economía ya aparecerá, como dice Eduardo Sojo, “la mano invisible” que hará las debidas correcciones.

Este es un diagnóstico equivocado sobre las causas de nuestros problemas. Contrario a esta equivocada percepción, ahora resulta ineludible, el que asumamos con total certidumbre, que México pasa, desde hace varios años, quizás por décadas, por una etapa de crisis profunda de fin de régimen. Esto es fundamental, pues en la identificación de la naturaleza del problema, en la justeza sobre el diagnóstico, se encuentra la parte sustantiva de las posibles soluciones.

Ante una nueva problemática emanada de cambios profundos en el País no se les puede enfrentar con las formulas del viejo orden, del antiguo sistema político. Por ese rumbo, como lo hemos constatado, han fracasado los priistas, han fracasado los de la derecha panista pero igualmente, con esa misma actitud conservadora, seguramente fracasaría, la izquierda.

En “el 18 brumario de Luís Bonaparte, Carlos Marx escribe, lo cito; “los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su propio arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y que les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando estos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria, es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado. Toman prestados

sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para con ese disfraz de vejez venerable y ese lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal”.

Me he permitido citar a Carlos Marx, a ese tan celebre estudioso de los procesos sociales, por que en pocos textos como en este, se explican con tal contundencia, las perturbaciones que son inherentes a un proceso de crisis y el comportamiento de las clases políticas dirigentes en un proceso político que transformó a toda una nación, como lo fue la Francia de mediados del siglo XIX. Pero el notable escrito de Marx, el cual revela en sus intimidades una de las fases mas importantes del desarrollo político de Francia, podría ser de utilidad para tratar de dilucidar - guardando las diferencias de época y las debidas particularidades- lo que ahora mismo sucede en la crisis política y social que se experimenta en nuestro País.

No debiera, como ya antes lo decimos, ser motivo de duda el hecho de que los mexicanos vivimos una época de crisis estructural como la que vivieron los franceses en la segunda mitad del siglo XIX, pero además, es de hacerse notar, y de ahí la relevancia y la actualidad del texto del filosofo Alemán, que como en ese tiempo lo hicieran los europeos, nosotros, con circunstancias tan diferentes y con tantos años de distancia, nos encontramos, como lo escribía Marx, conjurando temerosos en nuestro auxilio los espíritus del pasado, tomando prestados sus nombres, sus consignas de guerra, sus ropajes. Nos encontramos, los mexicanos, empeñados por encontrar salidas, pero en ese esfuerzo, y casi sin excepción, solo logramos dirigir la vista hacia atrás. Con temor enfermizo a extraviarnos, solo porfiamos en transitar por las antiguas veredas, solo por los caminos que nos fueron enseñados por las generaciones pasadas.

En cierto modo, el conjunto de los actores políticos padece de una especie de misoneísmo, esto es, de ese trastorno psíquico que provoca terror y angustia ante lo inédito y que provoca que en tales protagonistas políticos y desde ellos hacia el conjunto social, se genere una aversión a lo nuevo. Padecemos, para decirlo de otra forma, una obsesión por el pasado que nos impide, al cuerpo social y a cada una de las fuerzas políticas, encontrar respuestas nuevas ante las nuevas realidades. En ese culto a lo antiguo, en esa veneración a lo arcaico, esta en parte importante, la explicación de que se sigan conservando, como en formol, el orden cultural, las relaciones sociales y las estructuras políticas del antiguo sistema.

En esta reflexión, en esta crítica a la veneración por lo arcaico, no debiera encontrarse en modo alguno una reverencia hacia alguna forma de nihilismo y menos aun de desprecio hacia la historia. Por el contrario, lo que trato de decir, es que en lugar de estudiar críticamente nuestro pasado le rendimos pleitesía a la tradición, la perpetuamos; en lugar de aprender de esos acontecimientos a través de un verdadero sentido histórico, lo que hacemos, con mucha frecuencia, es trasladarlos mecánicamente hasta nuestro presente para reeditarlos permanentemente como si la vida en general y la de nuestro País, fuese un incesante caminar en círculo, pisando sobre las huellas que dejaron nuestros antepasados. La lógica es: Si así lo hicieron antes, así tendrá que hacerse ahora.

En esa especie de “misoneísmo político” se debate el país, se desgasta toda la clase política-dirigente y con ello se agudiza, día con día, la crisis institucional. Encontrar una salida a la crisis implicará, en consecuencia, despojarnos, todos, pero especialmente la clase política, de los viejos ropajes y los lenguajes gastados, para con libertad, con frescura, con audacia, encontrar las soluciones de nuevo tipo que necesitamos con urgencia.

Esos ropajes no solo están, evidentemente, pasados de época, sino lo más importante, ya le quedan estrechos al País, lo constriñen y lo asfixian. No obstante, la clase dirigente y los partidos políticos –ya sean de derecha o de izquierda- los continúan apreciando como favoritos.

Son muchas las instituciones políticas obsoletas y las estructuras culturales y sociales que de plano debemos desechar como condición indispensable para allanar la crisis. Para propósitos de este coloquio yo haré referencia a la que a mi parecer mas impacta en nuestra parálisis y en nuestro atraso democrático; me refiero, especialmente, al régimen presidencialista antidemocrático y de concentración de poder autoritario.

Esta institución se ha sostenido durante siglos en una concepción, no histórica, sino idiosincrásica de la Nación, elaborada principalmente desde el pensamiento conservador mexicano, según la cual, el pueblo mexicano es de tal temperamento, que por “nuestra natural propensión al desorden y al conflicto”, somos eternamente incapaces para prescindir del tutelaje de un mando único y además unipersonal.

Esta concepción fue acuñada y desarrollada en el marco de los debates políticos posteriores a la consumación de la independencia y se sustentó, en una visión elitista y discriminadora; en un tradicionalismo que “naturalizaba” la

desigualdad jurídica y económica y que además rechazaba, por principio, la soberanía popular. Se han hecho importantes estudios sobre el pensamiento conservador mexicano de mediados del siglo antepasado, pero quiero recordar, a propósito de las ideas obsoletas que siguen pesando en el presente, lo que decía el más genuino de sus representantes, Lucas Alaman. El político e historiador guanajuatense planteaba en su ideario conservador, de la necesidad de “liberarse de las teorías lisonjeras, de las vanas utopías y de los delirios insensatos del Régimen republicano de equilibrio de poderes”; “solo requerimos, insistía Alaman, de una férrea centralización administrativa y de la indispensable neutralización de los congresos y su cauda partidaria”.

Esto fue dicho hace 170 años ¿les suena conocido? ¿Se parece ese ideario a algunas tesis expuestas ahora, en el 2007? ¿Se parece a alguna de las campañas profusamente difundidas desde las televisoras para descalificar al congreso y a los partidos? Pero quiero exponer la visión más extrema y al mismo tiempo la más consistente con ese pensamiento conservador; La exponía Antonio López de Santa Ana, cito, “Tengo mucha experiencia, conozco muy bien a este País, y se lo que necesita; el gobierno de uno solo y palos a diestra y siniestra”. ¿Les parece esto parecido a algo que se aplica y se defiende hoy? ¿No están las tradiciones de los antepasados oprimiendo el cerebro de algunos de los políticos actuales, de algunos de nuestros gobernantes vivos? ¿No continúan portando los viejos ropajes y enarbolando las viejas consignas de guerra?

El régimen político de concentración de poder personalizado, ha encontrado bases de sustentación en la necesidad del “orden político” y la “estabilidad social”, para con ello, así lo explicaron antes y así lo explican ahora, garantizar y propiciar el desarrollo nacional y el crecimiento económico. Los seguidores de Alaman en la formación del partido conservador buscaban, por supuesto, defender “los valores tradicionales”, entre otros los de la iglesia, pero además consideraban, que un desarrollo progresivo y eficaz dependía, sobre todo, de atraer hacia México los capitales financieros del extranjero y ello solo era posible “con el orden y la estabilidad propias de una monarquía” o de un gobierno autoritario

Eso mismo lo asumió Porfirio Díaz, paradójicamente desde el lado liberal, como ya lo han explicado diversos historiadores y eso mismo pensaron, con igual paradoja, los gobiernos surgidos de la revolución antiporfirista.

La misma justificación conservadora encontró, 90 años después, el más simbólico de los gobiernos neoliberales, para refrendar un gobierno ilegítimo y

en esencia igualmente autoritario; “Primero la reforma económica que garantice nuestro desarrollo y después veremos el asunto de la democracia y de la política” dijo Salinas, a pesar de que como lo vemos ahora, el sistema político de poder unipersonal se veía claramente agotado.

En Febrero del 2001, el entonces Presidente Fox, dijo un discurso sobre la necesidad de cambios estructurales en el régimen político y de manera particular en la necesidad de reformas fundamentales (eso fue parte de su plataforma electoral) al sistema presidencial y al modelo económico. Todas las expectativas sobre esos cambios quedaron disueltas cuando un año después, ante la falsa disyuntiva de impulsar reformas o mantener la estabilidad, Fox, su gabinete y el PAN escogieron la segunda posibilidad. Se olvidaron así de sus tesis, de sus propuestas, del esfuerzo democrático de muchos ciudadanos, para que finalmente viéramos, no sin decepción, a Vicente Fox tripulando la destartalada institución del presidencialismo, dirigiendo, afanoso, las descalificaciones al Congreso y a los partidos e impulsando el rumbo neoliberal en la economía.

Fueron muchos sus desatinos, sus torpezas, sus agravios a la población; pero su debilidad y su fracaso como presidente, fue verdaderamente determinado por su conservadurismo en emprender las reformas políticas sustantivas; el presidente del cambio terminó en el presidente de la regresión.

Decía Roger Bartra en 2002, cito “Lo que no sabemos es si el gobierno de Fox podrá auspiciar este profundo proceso de cambio o se contentará con una gestión hábil y decorosa” “hay algunas señales inquietantes, continua Bartra, que indican que el gobierno de Fox podría contraponerse al curso de la transición, contribuyendo con ello a frenar un ciclo de por si lento”. Las señales inquietantes se convirtieron en acciones autoritarias como las del fraude electoral y se cumplió lo que auguraba Bartra “la contraposición entre el gobierno y la nueva cultura cívica sería dramática y desastrosa”

El conservadurismo en el siglo XIX, se basaba, en un sistema político que conservara el principio religioso, el principio de la propiedad, el principio de la familia y el principio de la moralidad. Yo me pregunto y extiendo el cuestionamiento ¿No son esos los principios que enarbola el grupo integrista de derecha que hoy dirige el PAN y los de algunos de los personajes que ocuparon y ocupan cargos importantes en el anterior y en el actual gobierno?

¿No es ese el pensamiento que asumen la gran mayoría de los Gobernadores del PAN? Por supuesto que entiendo que en ese partido hay

individuos y corrientes que han impulsado posiciones de una derecha moderna. Pero no es esta la visión que ahora predomina en las filas de ese partido. Lo que me interesa resaltar, es que ahora influye más en el PAN el pensamiento de Lucas Alaman que el de Konrad Adenauer, que influye más el tradicionalismo conservador y reaccionario de Carlos Abascal y de Manuel Espino que el liberalismo de centro derecha de Castillo Peraza.

Calderón, dicen algunos de sus amigos, ha creído durante toda su vida militante en la necesidad de transformar el sistema de gobierno; algunas de sus intervenciones mas celebradas como dirigente de su partido fueron acerca de la necesidad de una profunda transformación del Régimen político; ha sido prolijo, en argumentar a favor del fortalecimiento del Congreso y en contra del presidencialismo; como legislador fue un critico pertinaz de la economía neoliberal. Y sin embargo, para acceder a la presidencia hizo alianzas con algunos de los personajes mas simbólicos de viejo sistema antidemocrático como los lideres sindicales corruptos, (ahora los tiene en posiciones claves de su gobierno, por ejemplo, dirigiendo la educación básica). ¿Podemos creer en cambios de rumbo económico durante este sexenio, si tiene en la secretaría de Hacienda al equipo más representativo del fundamentalismo neoliberal? ¿Es buena señal que para las desiciones políticas tenga que mandar, no como civil, sino como comandante militar? Esas son señales, como aquellas del 2002, que solo demuestran debilidad y auguran autoritarismo.

Veamos ahora el “misoneísmo” aun mas agudo que aqueja al priismo. El programa del nacionalismo revolucionario y el posterior modelo del desarrollo estabilizador le dieron, durante ese tiempo, nuevo sustento y renovada justificación al presidencialismo autoritario y al régimen de partido del estado. Pero durante las cuatro ultimas décadas del siglo pasado, el sistema político se instaló como un gran obstáculo para el desarrollo en todos los ámbitos de la vida nacional. Durante todo ese tiempo se presentaron, una y otra vez, evidencias de su agotamiento y que no fueron correctamente atendidas (los grandes movimientos civiles y laboristas del finales de los 60s, el crecimiento de los movimientos guerrilleros de los 70s, los movimientos democrático-electorales de los 80s, y 90s, etc.).

A pesar de tales evidencias el régimen de partido de estado, apenas impulso algunas reformas que redujeran la presión política y con ello se permitiera, en todo caso consolidar, como así sucedió, la reforma económica neoliberal. Las reformas políticas de la llamada transición mexicana fueron básicamente de carácter electoral, pero no de modificación estructural del régimen presidencialista de concentración del poder.

Nadie, debiera menospreciar tales avances en materia electoral, pues abrieron cause, hacia el desarrollo de un sistema de partidos, hacia una mayor presencia del Congreso y hacia la derrota del PRI en las elecciones del 2000, sin embargo, nuestra transición hacia la modernidad continúa estancada y siempre con serios riesgos de regresión, como ahora mismo lo vivimos. Los priistas, como lo decía uno de sus teóricos principales, Jesús Reyes Heróles, querían las reformas electorales para bajar la presión social y política pero no para perder el poder y menos para transformar el Régimen presidencialista.

Por eso creen que a Zedillo “se le paso la mano” y ahora añoran con nostalgia las “etapas de gloria” del presidencialismo absoluto. Con esa añoranza se encuentran ahora, esperanzados en que algún día regresara, y no quieren, por eso mismo, que en el inter, sufra alguna modificación profunda. No la principal, pero esta es una de las razones por las cuales mantienen, algunos de sus más conspicuos representantes, una alianza estratégica conservadora de dos ejes con el Panismo. Mediante el primero, mantienen el rumbo neoliberal en la economía y con el segundo preservan, quien quita y regresan, el sistema político presidencialista del cual se sienten, con justicia, sus mas genuinos herederos. Así, el PRI se mantiene como estatua de sal, con la vista fija en el pasado, pero incapaces de apenas mover el cuello, por que saben del riesgo de desmoronarse.

Decíamos que en el PAN influye más el pensamiento de Lucas Alaman que el de Gómez Morin o Castillo Peraza, en el PRI es mas difícil encontrar los personajes del pasado de quienes toman sus ropajes; Juárez es uno de sus difusos recuerdos, no asumen abiertamente al callismo, han renegado del nacionalismo revolucionario de Cárdenas, se avergüenzan (no todos) del dogmatismo neoliberal de Salinas. ¿En donde se refugian, a que espíritus de su pasado están invocando? Esa es parte de su tragedia y por ello, recurren más al anecdotario socarrón del ruizcortinismo que a las remembranzas de su historia.

Ahora veamos ese fenómeno, el del misoneísmo, en la izquierda. La izquierda o para decirlo con mayor propiedad, las izquierdas mexicanas, viven un momento promisorio y paradójicamente, difícil.

Por un lado, nunca en la historia del País, la izquierda había avanzado tanto como ahora. Una parte de la Izquierda (la del PRD junto al PT y Convergencia) encabezada por Andrés Manuel López Obrador alcanzó, fraude aparte, una votación histórica del 35% en las pasadas elecciones federales;

logramos mayoría en 16 de las 32 entidades de la República; somos la segunda fuerza en la Cámara de Diputados y adquirimos una presencia realmente influyente en el Senado. Además, su influencia ha crecido en casi todas las esferas de la vida política, económica y social del País. En este espectacular desarrollo han influido varios factores y quisiera, solo para ayudar en nuestra reflexión, apuntar algunos de los que creo importantes.

En primer lugar un largo y lento proceso para asumir a la democracia como uno de sus principios cardinales y por lo tanto para entender a las elecciones como la vía fundamental de acceso al poder político. Si bien aun existen visiones autoritarias en una parte importante de la izquierda, también, en otro sector, se ha venido reconociendo a la democracia no solo como uno de sus propósitos fundamentales sino además como parte de su naturaleza constitutiva.

Junto al anterior, hay que subrayar el importantísimo proceso de unidad de las izquierdas que inicialmente prosperó en los esfuerzos de formación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y que fue continuado en la Formación del Partido Mexicano Socialista (PMS), en el Frente Democrático Nacional (FDN) y actualmente en el Partido de la Revolución democrática (PRD). En este aspecto es necesario señalar que esta acción unitaria, ha comprendido no solo a las expresiones de la izquierda socialista, sino además, y este es un elemento toral en la reflexión, abarcó a una parte muy significativa de la izquierda que formaba parte del llamado nacionalismo revolucionario en el Partido Revolucionario Institucional. La creación de la corriente democrática en el PRI, su separación de ese partido y su posterior participación, junto a otras expresiones del socialismo mexicano en el movimiento cívico-popular de 1988 fue determinante en el crecimiento político electoral que ahora presenta la izquierda.

Es significativo resaltar, que esta parte de la izquierda, adoptó una estrategia política adecuada. Impulsó, con la movilización social y desde la negociación política, la vía de las reformas legislativas que permitieron avances en el terreno de las libertades políticas y en el ejercicio de garantías democráticas.

Otro factor, concomitante a los dos anteriores, lo ha sido el desarrollo de dos liderazgos de amplia influencia y aceptación popular (CCS Y AMLO) que en momentos diferentes, pero como parte de un mismo proceso y ambos enarbolando una plataforma de cambios políticos democráticos y de cambios al

modelo económico, han potenciado, una alternativa de izquierda frente al anacrónico priismo y frente al conservadurismo de la derecha panista.

Por último algo que ha sido elemento clave en el crecimiento de la izquierda lo es la escandalosa situación de la desigualdad social y económica, que ha alcanzado grados extremos y que ha generado condiciones de enorme pobreza y marginación. En México, como en buena parte de América Latina, el fracaso del modelo neoliberal ha propiciado la inconformidad y la protesta entre amplios sectores de la población y que se ha expresado inevitablemente en la arena política y en la lucha electoral.

Se acusa, por ejemplo, a la coalición electoral de izquierda y a AMLO de haber polarizado a la sociedad mexicana y de haber reeditado la lucha clasista. En realidad el causante de esa polarización es el modelo económico y las fuerzas políticas que lo impulsan y en todo caso, la reciente contienda electoral, solo la hizo evidente ante todos, incluso ante aquellos-los sectores económicamente privilegiados- que se resistían a reconocerla. En ese sentido, resulta importante señalar, que esta circunstancia motivó el que la contienda electoral del año pasado, contuviera, como no había sucedido antes, un contenido ideológico, esto es: la mayoría de la ciudadanía, como en pocas ocasiones polarizada, optó por apoyar a una propuesta de continuismo(la de la derecha) o a la otra(la de la izquierda) que sugería cambios sustantivos en las políticas gubernamentales, especialmente en el ámbito de lo social y de lo económico. El que en esas condiciones, la izquierda en términos generales, hubiese obtenido tan alto porcentaje en las preferencias de los electores, es un dato que no debiera perderse de vista.

Este avance, durante las tres últimas décadas, es muy importante y debemos aquilatarlo con objetividad. Para ello es indispensable que la izquierda supere una de sus más nocivas tradiciones; la de la autoflagelación y su propensión al martirologio. Es cierto que en elecciones anteriores y en la pasada del 6 de julio, se cometieron errores y existieron insuficiencias; es verdad que no hicimos lo suficiente, pero el reconocimiento de lo anterior no debe llevarnos a ignorar lo que ahora mismo somos y la potencialidad que adquirimos.

En ese sentido debemos, ciertamente, revisarnos en la coyuntura, pero más allá, debemos hacer un examen mayor profundidad, con un sentido más histórico para que “ajustando cuentas con nuestro pasado” podamos realizar las grandes transformaciones que la izquierda mexicana necesita.

Hemos avanzado pero no hemos completado la tarea de despojarnos de signos autoritarios que antes identificaron a una parte importante de la izquierda. Es por ello, que no pocos compañeros perredistas añoran la antigua condición de verticalismo en la vida interna como igualmente, añoran la marginalidad y el aislamiento en el que, durante muchos años, se mantuvo la izquierda. Quieren regresar y esa pretensión la enmascaran ha través de falsas y retóricas reivindicaciones de supuestos “principios revolucionarios”. En realidad siguen aprisionados en la concepción de una izquierda intolerante, sectaria e ignorante de las profundas transformaciones que ha experimentado la sociedad mexicana. No reivindican principios sino, con charlatanería, algunos, solo invocan tradiciones de una izquierda que fue antidemocrática y viejas costumbres que antes provocaron su aislamiento.

La izquierda mexicana necesita completar la tarea y ello implica, de una vez por todas, entender a la democracia como uno- este sí - de sus principios torales y fundamentales. Una parte de la izquierda pugna, por ejemplo, por una revolución democrática pero continúa, en esencia, luchando para preservar un régimen esencialmente antidemocrático como lo es el presidencialista. A una parte de la izquierda le sigue pesando, igual que a la derecha, la misma visión idiosincrásica sobre la Nación y en el fondo están pensando que el problema fundamental esta circunscrito a quien es el personaje que ocupa la presidencia de la república, en quien es el que asume el “poder supremo”. Esta visión conservadora ha permeado en una parte importante de la izquierda y le ha hecho olvidar el contenido sustantivo de nuestra problemática como País; es decir, la crisis estructural de un régimen político de concentración de poder y por lo tanto de la necesidad de cambiarlo por otro que lo redistribuya, que lo descentralice, que lo democratice para con ello transformar el contenido injusto y desigual que ahora tiene, en todos los ámbitos, la sociedad mexicana.

Es verdad de Perogrullo que esa transformación se hace desde el poder, pero no es tan aceptado que solo será posible, transformado ha su vez, el contenido y el sentido del poder mismo.

En esta tarea de asumir plenamente la democracia, debemos incluir nuestro propio régimen interno pues, particularmente en el PRD, nuestro déficit democrático es enorme. Hay que decir que nuestros procesos electorales internos son, con excepciones, desastrosos y nuestra norma organizacional es básicamente centralista y por eso mismo ineficaz. Veamos por ejemplo lo siguiente; La integración de los órganos del partido se da bajo el principio de representación proporcional, pero, de nueva cuenta el culto a la tradición, el Presidente y el Secretario general son electos en la ortodoxia de la mayoría

absoluta. Así estos dos funcionarios, están por arriba de los órganos colectivos de representación. La consecuencia es que estos últimos, no funcionan y la institucionalidad partidaria es prácticamente inexistente. Nos conducimos, a pesar de tantas experiencias, bajo la añeja estructura del centralismo democrático con toda su carga antidemocrática y vertical.

Igualmente debiéramos ya entender que el PRD no es un partido en el sentido ortodoxo del termino; es en sentido diferente y desde nuestro origen, un partido-frente, en el cual se han agrupado diversas organizaciones y partidos políticos de izquierda, múltiples organizaciones sociales y millones de ciudadanos, todos los cuales compartimos, en términos generales, una identidad de principios y objetivos amplios de la izquierda. En el reconocimiento de esta realidad esta la posibilidad, no solo de su eficaz proyección hacia la sociedad sino además de su adecuado funcionamiento interno. En una concepción estrecha y dogmática, la diversidad y pluralidad de las izquierdas presentes en el PRD, se observa como un mal en si mismo o como una maldición que eternamente nos perseguirá, y por ello, es que se llega inevitablemente a la conclusión, igual que con el País, de la necesidad de un mando personalizado e indispensable para su orden y gobernabilidad.

Pero en una concepción democrática y tolerante, en el reconocimiento objetivo y crítico de nuestro origen, la diversidad en el PRD, como la del País, debiera entenderse como una virtud para construir una cultura democrática y una nueva institucionalidad. Por eso requerimos despojarnos de esas teorías de organización rígidas, mas propias de los partidos de izquierda que surgieron a principios del siglo pasado, que las de un partido, como lo es actualmente el PRD con, literalmente, millones de afiliados y simpatizantes, con millones de ciudadanos que buscan formas de participación amplias, diversas, de mayor libertad, con mayor posibilidad para la creatividad.

Otro de los temas urgentes a resolver por la izquierda es el de su propuesta programática. En ese rumbo su transformación debe ser, ciertamente, radical. Debemos reconocer que la izquierda ha crecido más por nuestra oposición y nuestro rechazo a lo establecido que por nuestra propuesta alternativa. Esa formula no será ya eficaz en las actuales condiciones, especialmente si tomamos en cuenta que ya gobernamos a una parte de la población, la que reclama con justicia, respuesta a los problemas nacionales y a sus problemas concretos y específicos. El Programa de la izquierda debe ser, desde luego, de oposición, pero también de solución.

Hay que coincidir con Rolando Cordera cuando dice, que la izquierda no puede olvidarse de las partes medulares de su ideario programático y que son; la lucha en contra de la desigualdad y la inequidad, la lucha por el ejercicio de todos los derechos y la lucha en contra de cualquier forma de injusticia. Es común ahora, el que desde posiciones de derecha o desde actitudes oportunistas, dice Cordera, se quiera confundir con el eufemismo de izquierda moderna o izquierda responsable a una izquierda sometida. Eso es correcto, como también lo es, el que el programa de una izquierda eficaz e influyente debe modernizarse para que siga siendo vigente en las nuevas condiciones del mundo y de nuestro propio País.

En un nuevo programa de la izquierda, debe desecharse la visión centralista que desvirtúa y desconoce las enormes diferencias sociales, económicas y culturales existentes entre las diversas regiones y estados del País. Si bien es cierto que la polarización social y la desigualdad están presentes en todo el territorio nacional, también lo es, el que existen realidades concretas y claras especificidades que necesariamente deben ser tomadas en cuenta para la elaboración de la propuesta programática y política de la izquierda.

Con nuestro actual programa difícilmente, por ejemplo, podríamos crecer en algunos estados del norte y del centro del País; con una propuesta que no tome en cuenta el acelerado proceso de urbanización y los problemas que trae consigo, difícilmente podremos generar mayor simpatía entre las clases medias; con un programa que no reconozca la nueva dimensión demográfica nacional y las nuevas exigencias sectoriales, difícilmente podremos ganar el apoyo de sectores específicos de la población y sobre todo, con un programa que no tome en cuenta los cambios sucedidos en el mundo con el surgimiento de nuevos derechos sociales y políticos, tampoco podremos ofrecer desarrollo y crecimiento económico como debe, así creo, ofrecerle una alternativa de izquierda.

Por ultimo quiero decir que la población demanda soluciones a los problemas del País y a sus problemas particulares y en ello el programa es determinante para ganar la aceptación de los votantes, pero eso no es suficiente. Se requiere además, un comportamiento ético diferente que contraste de manera radical con el comportamiento tradicional de la clase política mexicana. La gente esta cansada de un gobierno ineficaz, improductivo pero quizás, esta mas cansada de gobiernos corruptos y de políticos que luchan denodadamente por el poder y que al acceder a el solo lo utilizan en

beneficio personal o de un grupo o un partido político. Un comportamiento de esta naturaleza debiera ser antitético de un comportamiento de izquierda.

Bobbio dice que algo que ahora permite diferenciar a la izquierda de la derecha es el tema de la desigualdad. Debiera haber, sin embargo, otro elemento que la gente pudiera utilizar para identificar, en definición de principios, a la izquierda, especialmente en México, esto es; el comportamiento congruente con principios y con normas éticas como las de la honradez y la pulcritud en el ejercicio de gobierno, como la transparencia y el respeto a la ley, como el del respeto a los derechos de todos. Igual que en la lucha en contra de la desigualdad, igual que en los esfuerzos por la democracia, igual debiera ser, para la izquierda, la congruencia en favor de una ética de servicio en la política y en la función pública.

Estos tres temas, entre otros, son fundamentales para que la izquierda mexicana reafirme, con actitud crítica, su condición transformadora y progresista. Implica, como lo mencionamos antes, que se despoje de ataduras dogmáticas, de la fraseología doctrinarista; necesita despojarse de cualquier interpretación determinista y mecanicista mediante la cual inevitablemente, la izquierda esta “condenada a la victoria” y lograrla tan solo es cuestión de tiempo y de paciencia, para esperar a que los contrarios se derrumben y para esperar a que nosotros, por fin, estemos preparados.

En realidad la lucha social y la lucha política no son así. La lucha de la izquierda por acceder al poder, debe implicar un esfuerzo constante y permanente para, con palabra y obra, convencer a los ciudadanos de que nuestra propuesta es mejor; implica adoptar, en cada circunstancia nueva, es decir, permanentemente, la estrategia mas correcta para seguir ganando adeptos a nuestro programa y aliados en nuestros objetivos; significa aplicar una estrategia que permita ganar aliados y al mismo tiempo debilitar a nuestros contrincantes; en fin, que implica, sin perder de vista el ideario de izquierda que nos define, encontrar, con imaginación, con creatividad, con libertad y con eficacia las nuevas formas y los nuevos contenidos de una izquierda capaz de gobernar y de transformar a nuestra sociedad.

México, D.F., 26 de febrero de 2007

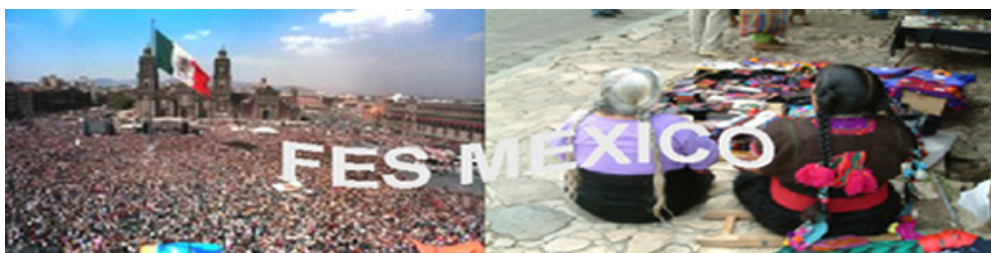


Perspectivas Progresistas ofrece un espacio para la innovación de ideas e interpretaciones sobre México; puente de pensamiento entre puntos de vista de la centro-izquierda y ámbito de discusión sobre el tipo de sociedad con que sueña y a la que aspira la “ciudadanía” mexicana.

www.fesmex.org

Sobre el autor.

Coordinador del Frente Amplio Progresista, Ex – Senador de la República, líder de la corriente Nueva Izquierda en el Partido de la Revolución Democrática.



La Fundación Friedrich Ebert en México

La Fundación Friedrich Ebert (FES) es una institución privada sin fines de lucro, comprometida con las ideas y los valores de la democracia social. Su nacimiento data del año 1925, debe su nombre a Friedrich Ebert, primer presidente alemán democráticamente elegido. Hoy en día los ejes centrales del trabajo de la FES son justicia social, democracia activa, fomento de la investigación, reforma social y estrategias políticas para la configuración de una globalización incluyente.

Nuestra oficina en México es una de las más antiguas de América Latina; en 1969 comenzó sus primeras actividades. En la actualidad, el trabajo de la FESMEX se organiza a través de tres programas: a) diálogo político e internacional, b) diálogo sindical y de género y, c) fortalecimiento de capacidades de actores socio-políticos identificados con la centro-izquierda. Ofrecemos plataformas de reflexión sobre la política exterior mexicana, su papel como actor regional y global; diálogos para la modernización de los sindicatos, la democracia sindical, el fortalecimiento de capacidades para su acción internacional y herramientas para una inserción equitativa y competitiva en la globalización. La formación política de nuevos liderazgos democráticos y progresistas ocupa un lugar central de nuestros esfuerzos, así como la asesoría a nuestras contrapartes en conceptos políticos innovadores, tales como: participación política femenina, política social, seguridad ciudadana y espacios públicos, migración y desarrollo fronterizo, calidad de la política, ciudadanía y democracia comunicacional.